

*Testimonio de un duelo en el olvido que seremos.*

*Testimony of a duel in the forgetfulness that we will be*

María Isabel Rojas Díaz<sup>1</sup>

**RESUMEN**

En este trabajo se analizó como *El olvido que seremos* (2006), de Héctor Abad Faciolince, es una obra narrativa que muestra desde el primer momento un discurso testimonial que constituye su característica más sobresaliente. La voz narrativa, en primera persona, produce el efecto de que se perciba la obra como una confesión dirigida al lector y una invitación a que este se vincule con una experiencia ajena, es decir, que experimente empáticamente los recuerdos que comparte el autor, al igual que la conciencia de la muerte como un estado inherente al ser humano. Estas experiencias conducen tanto al dolor, como a su superación, en forma de perdón y olvido.

**PALABRAS CLAVE:** Héctor Abad Faciolince; Testimonio; duelo; memoria; experiencia, muerte.

**ABSTRACT**

*El olvido que seremos* (2006) by Héctor Abad Faciolince is a novel that shows from the first moment a testimonial speech that constitutes its most outstanding characteristic. The narrative voice, in the first person, has the effect of perceiving the novel as a confession addressed to the reader and an invitation to link a foreign experience, that is, sharing the author's memories, like the consciousness of death as an inherent state to the human being, These experiences lead to both pain and overcoming, Through forgiveness and oblivion.

**KEYWORDS:** Hector Abad Faciolince; testimony; duel; memory; experience; death

---

<sup>1</sup> Magister en literatura y Licenciada en Idiomas Modernos Español/inglés, de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Correo electrónico: mariaisbel\_rd@hotmail.com

## Introducción

A partir del análisis realizado en la obra *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince, se desprende la idea de que la reconstrucción de los recuerdos, puestos literariamente en la obra, son una forma de elaboración del duelo del autor, y a su vez del duelo colectivo ya que estos relatos testimoniales hacen parte de una realidad nacional. La relevancia de la obra radica entonces en su alcance literario, en el estilo narrativo que acerca al lector y lo sensibiliza, ya que partiendo de un hecho particular trasciende a lo colectivo.

En este artículo se analizará cómo la obra de Abad Faciolince constituye un discurso testimonial que sirve para reflexionar sobre los elementos que forman el proceso creativo y la elaboración del duelo a través de la escritura, asunto que posibilita la transformación del discurso en obra de arte, puesto que en los hechos se expone un proceso de desahogo y aceptación por parte del escritor, llegando este a exteriorizar un contexto personal, una visión de mundo, pero también, el interés por sacar de dentro de sí el dolor que marca su testimonio, la aceptación de la pérdida y el utilizar la escritura como mecanismo que sana y depura el sentimiento de culpa que genera el olvido.

El propósito de analizar el testimonio desde varios enfoques parte del interés por clasificar *El olvido que seremos* como testimonio novelado ya que la obra se compone de hechos concretos que han sido vivenciados por el autor presente en la obra como narrador- testigo. Y explorar desde allí, las características y funciones testimoniales que hacen de la obra su distintivo más predominante. Para iniciar se estudiará el concepto de testimonio con el fin de hallar las particularidades que lo componen e identificarlo como género literario narrativo. Además, de tratar tres temas en particular: a) el testimonio desde la experiencia en el que se reconoce la obra literaria de Abad como un testimonio novelado a partir de la estructura del lenguaje utilizado para describir sus vivencias b) las características del lenguaje empleado en el discurso testimonial y su impacto en los lectores y c) el testimonio desde la memoria en donde se confirmará que Abad Faciolince en su testimonio lucha constantemente contra el olvido.

## Hacia una definición de testimonio

La RAE define 'testimonio' como la "atestación o aseveración de algo". La palabra deriva del griego, mártir («μάρτυρας», «testigo») que hace referencia a quien da fe de algo debido a que lo ha vivido o presenciado. Puesto que se trata de contar algo verídico, el testimonio está relacionado con hechos reales y, por tanto, necesita de una voz- testigo para que manifieste esos hechos. Por esta razón, los testimonios se presentan en primera persona, porque inevitablemente están contando una experiencia propia, vivida, manejada y soportada desde el yo. "El testimonio lleva la impronta de un tipo de relato estructurado en primera persona, que daba cuenta de una experiencia apremiante, vivida en carne propia o en proximidad". (Bustos, 2010, p.11).

Giorgio Agamben menciona que en el latín hay dos palabras que se refirieren al testigo. La primera es *testis*, de esta surge el término testigo y significa etimológicamente aquel que se sitúa como tercero (*terstis*) en un proceso o litigio entre dos contendientes. La segunda es *superstest*

y hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él (2009, p. 15). Por tratarse de un hecho verídico, el asesinato de Héctor Abad Gómez y la experiencia de este hecho por parte de su familia, el autor es testigo de lo sucedido y acude a la memoria para contar su versión de los hechos en la obra, él está dispuesto a recrear lo que vivió, a repetir el suceso, y con palabras, mediante el arte del lenguaje literario, hacerlo real, mostrar una verdad:

Estoy aquí tan solo porque fui testigo cercano de una vida buena y porque quiero dejar testimonio de mi dolor y de mi rabia por la forma en que nos arrancaron esa vida. Un dolor si atenuantes y una rabia sin expectativas. Un dolor que no pide ni busca consuelo y una rabia que no aspira a la venganza. (Abad, 2006, p.261)

El autor retoma en el testimonio las palabras que utilizó en su discurso en un acto de reconstitución del Comité para la defensa de los Derechos Humanos, meses después de la muerte de su padre, en el que testifica y corrobora la presencia directa de los hechos que marcaron su existencia. El carácter testimonial de la obra se muestra en el transcurso del relato ya que el narrador está en primera persona y además, configura los sucesos acaecidos desde la posición de testigo, revelándolos a sus lectores, quienes serán sus confidentes. La confesión es la narración del doloroso asesinato de su padre y de los acontecimientos alrededor del lamentable hecho, Abad relata el suceso:

De entre el corrillo sale el mensajero que hace señas afirmativas con la cabeza, -sí, es el doctor, es el doctor-. Corremos y ahí está, boca arriba, en un charco de sangre, debajo de una sábana que se mancha cada vez más de un rojo oscuro, espeso. Sé que le cojo la mano y que le doy un beso en la mejilla y que esa mejilla todavía está caliente. (Abad, 2006, p. 245)

La obra testimonial se encarga de que no queden en el olvido los hechos que, aún sin resolver, rodearon la muerte de Héctor Abad Gómez. Por tratarse de un relato de primera mano pasa a ser un documento relevante que retrata una parte de la historia de Colombia, de tal forma que el lector reconoce la particularidad del hecho y la generalidad del curso que seguía el país por esa época. A partir de su experiencia personal el autor mantiene la memoria viva, así se logra la relación de duelo colectivo y la conexión autor- lector.

Según Randall<sup>2</sup> (1983) las obras literarias testimoniales atraen a los lectores por el hecho de pensar en que: “El testimonio [...] es la posibilidad de reconstruir la verdad” (p.11), entonces abordar la novela de Abad, permite dar por cierto los hechos relatados, que, aunque novelados no escatiman detalles para narrar los sucesos producto de su memoria y por ende de su duelo; da a los lectores un boleto gratis para entrar en su contexto y hacer de su experiencia un duelo colectivo, ya que le permite al lector conocer y atestiguar sus desdichas y alegrías. Dicha

---

<sup>2</sup> Para Randall, cuando se habla de testimonio se encuentran dos categorías: a) el testimonio en sí y b) el testimonio para sí. Las novelas testimoniales se encuentran en la primera categoría, donde se transmite la voz de un pueblo en un momento determinado (1983, p.5).

participación es permitida porque Abad realiza la invitación:

Y como todos los hombres somos hermanos, en cierto sentido, porque lo que pesamos y decimos se parece, porque nuestra manera de sentir es casi idéntica, espero tener en ustedes, lectores, unos aliados, unos cómplices, capaces de resonar con las mismas cuerdas en esa caja oscura del alma, tan parecida en todos, que es la mente que comparte esta especie. (Abad, 2006, p.273)

Ahora como lectores lo acompañamos en su dolor bien sea por compasión, empatía o solo por solidaridad, pero el hacernos partícipes como lectores, nos permite dar en nuestra voz el testimonio de su dolor, ya que el hecho de que un sujeto en particular sea cómplice al ver o escuchar del otro los acontecimientos, que aunque no le acaecen directamente, hace que se convierta en confidente, aliado, que escucha de forma oral o escrita aquello que quiere el individuo atestiguar, Abad reconoce que somos seres que en cierta medida sentimos empatía ante algunas situaciones penosas, menciona:

Y si mis recuerdos entran en armonía con algunos de ustedes, y si lo que he sentido es comprensible e identificable con algo que ustedes también sienten o han sentido, entonces este olvido que seremos puede postergarse por un instante más, en el fugaz reverberar de sus neuronas, gracias a los ojos, pocos o muchos que alguna vez se detengan en estas. (Abad, 2006, p. 27)

El testimonio es un género narrativo que tiene la intención de comunicar, compartir, narrar las memorias de un suceso, crea un tácito compromiso entre el autor y el lector, un compromiso para reconstruir una verdad, tomando como elementos de primera mano las fuentes directas y componentes discursivos que proporcionan calidad estética y una voz propia deseosa de ser escuchada. Abad no duda en reconocer la función de su escritura, nos dice que:

Es posible que todo esto no sirva de nada: ninguna palabra podrá resucitarlo, la historia de su vida y de su muerte no le dará nuevo aliento a sus huesos, no va a recuperar sus carcajadas, ni su inmenso valor, ni el habla convincente y vigorosa, pero de todas formas yo necesito contarla. (Abad, 2006, p.255)

El hecho de escribir para Abad no es el revivirlo, sino crear mediante la escritura un espacio en donde puede desahogar sus sentimientos, su dolor. Debido a que el testimonio está conectado directamente con hechos reales, necesita de una voz testigo que manifieste esos hechos. Por esta razón los testimonios que se presentan en esta obra están escritos en primera persona, porque el autor está contando una experiencia propia, vivida, manejada y soportada desde el yo: “dejó una herida indeleble, [...], lo que se escribe con sangre no se puede borrar”. (Abad, 2006, p.258).

La narrativa del hoy se centra en testimonios novelados, producto del auge de la memoria en la búsqueda incesante de un mundo justo y de la reconstrucción de la sociedad. En torno a este propósito de no olvido, la literatura ofrece la posibilidad artística de asumir el compromiso social mediante obras testimoniales como *El olvido que seremos*.

*El olvido que seremos* permite aceptar que su narrativa se centra en un testimonio novelado producto del *boom* de la memoria, de la búsqueda incesante a la paz, y la remembranza de la

memoria de su padre en la reconstrucción de una sociedad en el postconflicto y del perdón de un país. Ese sueño de lograr un país equitativo y apacible de Abad Gómez es novelado a través de la literatura por algunos autores colombianos que creen en que sí se puede seguir adelante, pese a que sus líneas se llenen de la memoria de una historia con mayúscula y una historia con minúscula, en donde la primera atraviesa a las vidas individuales, y lo que buscan estos escritores es no dejar en el olvido los errores de un pasado, para no repetirlos.



### Testimonio desde la experiencia.

Es inaudito concebir una escritura testimonial sin experiencia, así como no concebir el hecho leer sin tener un texto mediante el cual realizar el proceso. Es decir, se reconoce que el testimonio novelado se realizó gracias a las experiencias del autor que fueron el propulsor para que se efectuó el ejercicio de escritura testimonial desde un valor estético. Alfonso Reyes dice que aunque la literatura es expresión, tiene también la función de comunicar, la obra literaria testimonial logra ambas: comunicación con el lenguaje corriente y práctico, y expresión con el lenguaje estético o literario. Entonces, la literatura tiene como fin la “cabal” comunicación de la “pura” experiencia. Y cuando se llega a la acertada comunicación se experimenta el efecto de “belleza” (Reyes, 2005 [1993], p. 84). Las experiencias son la fuente principal de información que alimenta los hechos que componen el relato testimonial de Abad Faciolince. Las experiencias son de dos tipos, o se ven desde dos perspectivas: la individual, como testigo víctima, y la del ámbito social, externa, como testigo-cómplice. Dichas experiencias se manifiestan a través del lenguaje y son las vivencias particulares las que constituyen el discurso de una persona y de una sociedad. Por ejemplo, existen elementos que determinan a un sujeto y lo ubican en un lugar en particular:

Las representaciones del mundo, las implicaciones psicológicas y las sugerencias verbales, son las que determinan el ser personal, lo que indica la diferencia para cada uno. Lo que explica que cada ente literario está condenado a una vida eterna, siempre nueva y siempre naciente, mientras viva la humanidad. (Reyes, 2005 [1993], p. 84)

Reyes afirma que los seres humanos se distinguen por diferentes aspectos que constituyen a cada sujeto. Se vive desde una individualidad, de este modo se infiere que cada persona está determinada por lo que ha vivido, las experiencias son las que sujetan la percepción del individuo y es mediante la literatura que puede vivir eternamente. De este modo, la experiencia da a la obra el efecto testimonial, por eso es importante destacar que la experiencia vivida toma su lugar en todo el proceso de escritura de Abad, desde la activación de los recuerdos hasta verse plasmada en la narración. Para Beatriz Sarlo:

La narración de la experiencia está unida al cuerpo y a la voz, a una presencia real del sujeto en la escena del pasado. No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo común. (2006, p. 21)

La difícil decisión de escoger entre los cientos de recuerdos que Abad Faciolince tenía con su padre, es un aspecto de admirar en la obra, pues la escogencia fue determinante para ligar el sentimiento de la experiencia al lenguaje encargado de expresarla. Por eso nos encontramos con recuerdos íntimos de gran significado para el autor, con los cuales se refuerza el profundo dolor del hecho principal:

Sin decirme una sola palabra, sin obligarme a leer y sin echarme el sermón de lo sana para el espíritu que podía ser la música clásica, yo entendí, solo mirándolo, viendo en él los efectos benéficos de la música y de la lectura, que en la vida todos podíamos recibir un regalo, no muy caro y más o menos al

alcance de la mano: los libros y los discos. (Faciolince, 2006, p. 124)

La obra literaria de Abad Faciolince, constituida esencialmente por la experiencia, no solo se limita a manifestar lo que ocurrió, el hecho final del asesinato de su padre, sino que desde su vivencia personal exterioriza la relación fraternal y describe cómo fue la vida y obra de su padre, todo esto es un conocimiento que el autor tenía de primera mano, a partir de su experiencia. Es así como el testimonio toma el protagonismo en la elaboración del duelo.

El hecho de que Abad Faciolince haya tenido que esperar tanto tiempo antes de decidirse a escribir su experiencia, es una declaración que se entiende desde su dolor como víctima, que es, de la violencia, hecho que además de afectar a su círculo familiar, afectó también al entorno social al que pertenecía su padre: la facultad de medicina y movimientos sociales y políticos. La experiencia del dolor de Abad producido por la muerte de su padre, afectó su vida, sin embargo, luego de poner distancia temporal a los hechos, pudo expresar sus experiencias y descansar al decir que “ahora que lo escribo soy capaz de llorar, pero en ese momento me invadía una sensación de estupor” (Abad, 2006, p. 245). Ante la reacción que tiene de la experiencia, Abad Faciolince frente a la escritura experimentó un estado de consternación, su estado emocional impidió que fluyera su narración normalmente. Se determina que el ejercicio de escribir y relatar sus experiencias ayuda al autor a desahogar sus penas, miedos y dolores a través de su discurso, elemento importante para la posición del autor y del proceso de duelo que junto a él hace, al respecto Joan W. Scott dice:

Hacer visible la experiencia de un grupo diferente pone al descubierto la existencia de mecanismos represivos, pero no su funcionamiento ni su lógica internos: sabemos que la diferencia existe, pero no entendemos cómo se constituye relacionamente. Para eso necesitamos dirigir nuestra atención a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias. (2001, p. 49)

Es por esta razón que la palabra “experiencia” aparte de incluir el conocimiento que se adquiere a través de la vida frente a varios sucesos, forma parte fundamental en la constitución de la realidad de la persona. Además afirma Scott que “no son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia” (2001, p. 49).

Se sabe que el testimonio del duelo de Abad se alimenta de los hechos y experiencias que tuvo el autor-narrador-testigo a lo largo de su vida; él estuvo presente en gran parte de lo narrado, lo vio, lo sintió y ahora lo comparte haciéndolo público. Entonces, no es probable que haya lugar a dudas ya que quien narra está tomando el riesgo de atestiguar, de articular sus experiencias y formar de este modo su propia historia, esa que quiere compartir con los testigos cómplices que le acompañan en la lectura y que solo de esta forma puede descansar de toda la carga que lo aquejaba.

La falta de expresión mediante la escritura hacía que el autor no pudiera manifestar sus dolores internos. El testimonio de Abad Faciolince sirve como aliciente para la experiencia, porque como lo afirma Joan W. Scott:

La experiencia es parte del lenguaje cotidiano, está tan imbricada en nuestras narrativas, que parece una futilidad abogar por su expulsión. Sirve como una manera de hablar de lo que ocurrió, de establecer diferencias y similitudes, de decir que se tiene un conocimiento "inalcanzable". (2001, p. 72).

El testimonio del duelo en la obra demuestra que sin la experiencia no se podría articular el discurso, perdería la esencia del conocimiento que adquirió. La experiencia compone la identidad de un sujeto-testigo-víctima- que se constituye y se apropia del lenguaje para compartir y ser vocero frente a los otros -sociedad-. Quien escribe se encarga de rememorar sucesos reales, que al ser compartidos se transforman en un signo de retaliación y denuncia contra la injusticia de una sociedad sin memoria, un país impune ante las muertes que han sido producto de la desigualdad y la violencia en Colombia. Cabe mencionar a Ricoeur para reafirmar que el ejercicio de Abad Faciolince frente a su recreación de sucesos mediante la escritura artística constata que:

La especificidad del testimonio consiste en que la aserción de realidad es inseparable de su acoplamiento con la auto-designación del sujeto que atestigua. De este acoplamiento procede la fórmula tipo del testimonio: yo estaba allí [...] la realidad de la cosa pasada y la presencia del narrador en los lugares del hecho. (Ricoeur, 2004, p. 211).

Nótese en esta cita la realidad y la presencia del narrador:

Uno queda al mismo tiempo asqueado y hundido en el dolor: fotos de torturados y de asesinados, cartas desesperadas de padres y hermanos que tienen un pariente secuestrado o desaparecido, párrocos a quienes nadie les hace caso y recurren a él con sus denuncias, y semanas después la noticia del asesinato del mismo cura denunciante en un pueblo lejano. (Abad, 2006, p. 207)

La parte social se expone y el tono del autor toma la vocería ante la injusticia y violencia de un país. Realiza el autor en su narrativa, la conexión que existe entre el dolor y la denuncia, en este caso soportada por documentos tangibles, al respecto ya se había afirmado que:

Entre los mecanismos utilizados por Abad Faciolince para inscribir el contexto colombiano dentro de la discursiva global de la memoria se encuentra el uso del fenómeno de la intertextualidad como estrategia que crea conexiones explícitas y tagentes con otros sitios geopolíticos dentro de la cartografía imaginada de los Derechos Humanos. La mayoría de las referencias intertextuales en *El olvido que seremos* son de carácter documental y son el resultado del hallazgo de documentos guardados durante años en el cajón del escritorio de su padre asesinado. (Caña y Tech, 2014, p. 45)

El testimonio novelado de Héctor Abad está lleno de experiencia, lo cual hace posible que la

retrospección del lenguaje se vuelva artística desde la escritura de un “yo”. El testimonio novelado del duelo es una marca clara del vestigio que dejan las experiencias como testimonio de una verdad, reflejan la realidad del sujeto y las representaciones del mundo. En *El olvido que seremos* las experiencias son la columna vertebral de la obra y el manejo del lenguaje es el elemento diferencial que la convierte en una obra literaria de gran valor estético.



### Testimonio desde el lenguaje

El testimonio es posible gracias al lenguaje, pues gracias a él podemos definirnos, reconocernos, presentarnos frente a otros, como lo dice Benveniste “Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto; porque el solo lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de –ego–” (1974, p.180). Es por medio del lenguaje que se muestra la experiencia humana, lo que se es, lo que se vive, lo que se siente. De esta manera, la palabra testimonio desde el lenguaje se puede proyectar como un espejo en el que el hombre ve a través de él su propia realidad: “Por poco que se piense, se advertirá que no hay otro testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que así da él mismo sobre sí mismo” (Benveniste, 1974, p. 183).

Un claro ejemplo está en la obra de Abad, porque el lenguaje, como lo dice Benveniste<sup>2</sup>, “está organizado de tal forma que permite a cada locutor *apropiarse* la lengua entera designándose como *yo*” (1974, p.183).

Para Émile Benveniste<sup>3</sup>, el lenguaje está en la naturaleza del hombre, el mundo está habitado por “hombres hablantes”, “hombres hablando a otros” y en últimas “el lenguaje enseña la definición misma del hombre”. El lenguaje por tanto, no es un instrumento, hace parte de la constitución de nosotros mismos.

De las primeras páginas llama la atención la forma como el autor expresa su amor profundo hacia su padre desde cuando era un niño, “El niño, yo, amaba al señor, su padre sobre todas las cosas. Lo amaba más que a Dios. Un día tuve que escoger entre Dios y mi papá, y escogí a mi papá”. (Abad, 2006, p.11) Aparte de manifestar el amor que sentía hacia su padre también mediante su narración expone la devoción y admiración que le tenía, “Mientras mi papa daba clase, yo lo esperaba sentado en su escritorio y me ponía a dibujar, o al frente de la máquina de escribir, a fingir que escribía como él, con el dedo índice de las dos manos”. (Abad, 2006, p.19)

Aludiendo a lo anterior, se puede comprobar que la secuencia narrativa del lenguaje en *El olvido*

---

<sup>3</sup> Según Benveniste en el testimonio, además del uso del pronombre en primera persona, también se manifiestan el tiempo verbal, dado que ya sucedió, el hecho pertenece al pasado, tendrá consecuencias en un futuro y es contado en el presente.

Una lengua distingue siempre “tiempos”; sea un pasado y un futuro, separados de un presente [...] sea un presente-pasado opuesto a un futuro, o un presente-futuro distinguido de un pasado [...] no hay otro criterio ni otra expresión para indicar ‘el tiempo en que se está’ que tomarlo como ‘el tiempo en que se habla’. Es éste el momento eternamente “presente”, pese a no referirse nunca a los mismos acontecimientos de una cronología ‘objetiva’, por estar determinado para cada locutor por cada una de las instancias de discurso que le tocan. (Benveniste, 1974, p. 183)

*que seremos*, está compuesta por el “yo” como narrador-protagonista, y en algunos casos se pasa a la primera persona del plural, para integrar ese sentir con su familia. Algunos ejemplos, de los muchos que hay, en el que se corrobora desde las primeras páginas hasta el final de la obra, la narrativa del yo son las siguientes:

Además, el tiempo en presente no solo desempeña un papel fundamental a la hora de contar una experiencia, sino que también logra que nosotros, los lectores vislumbremos en esa misma temporalidad, en ese juego del ayer y del hoy, una parada en el puente que conecta el pasado y el presente. Por esta transición es que todos los sucesos contados hacen parte directa de nosotros, los interlocutores, asimismo las situaciones nos tocan, nos llegan y por ende las vivimos con él, lo acompañamos, nos apropiamos de sus desdichas y de sus dolores.

El lenguaje para Reyes tiene un triple valor: el primero es gramatical, el valor en la construcción y sentido de vocablos; el segundo es fonético, el valor de ritmo en las frases y periodos de sonido en las sílabas; y el último es estilístico, ese valor de emoción, de humedad espiritual que la lógica no logra absorber (Reyes, 2005 [1993], pág. 85).

En el testimonio, además del uso del pronombre en primera persona, también se manifiesta el tiempo verbal, dado que ya sucedió, el hecho pertenece al pasado, tendrá consecuencias en un futuro y es contado en el presente.

Una lengua distingue siempre “tiempos”; sea un pasado y un futuro, separados de un presente [...] sea un presente-pasado opuesto a un futuro, o un presente-futuro distinguido de un pasado [...] no hay otro criterio ni otra expresión para indicar ‘el tiempo en que se está’ que tomarlo como ‘el tiempo en que se habla’. Es éste el momento eternamente “presente”, pese a no referirse nunca a los mismos acontecimientos de una cronología ‘objetiva’, por estar determinado para cada locutor por cada una de las instancias de discurso que le tocan. (Benveniste, 1974, p. 183)

En la obra estudiada el autor juega con el contraste de los tiempos, su relato hecho en el presente, refiere hechos pasados y alude de alguna forma al futuro:

Todos estamos condenados al polvo y al olvido, y las personas a quienes yo he evocado en este libro o ya están muertas o están a punto de morir o como mucho morirán -quiero decir, moriremos- al cabo de unos años que no pueden contarse en siglos sino en decenios. (Abad, 2006, p. 272)

El tiempo en *El olvido que seremos* es fundamental en la narración, la escritura se realiza en el presente, el autor está en el “tiempo en que habla” y nosotros los lectores vemos el tiempo que él quiere mostrar, el pasado. En ese paso del presente al pasado y viceversa se conecta la narración y se crea la relación de acercamiento con el lector, quien es tocado por la experiencia del autor, vive su desgracia, se conmueve y se solidariza

Es así que el testimonio novelado de Abad necesita de la apropiación de ciertos elementos de la lengua, mediante la cual se relatan acontecimientos y experiencias que hacen que el ser

humano se inscriba a través del lenguaje, se constituya y se identifique frente a otros que comparten y viven en su misma temporalidad.

El lenguaje utilizado por Abad impacta al lector por su habilidad estética y artística. No cabe duda de que el mejor ejemplo para manifestar la apropiación de la lengua es a través del testimonio de Abad. Se infiere que el análisis de la obra hasta aquí, presenta a Héctor Abad Faciolince como uno de los representantes del testimonio novelado en Colombia porque logra, mediante el lenguaje, la reconstrucción de la vida de su padre, ataca el olvido al perpetuar sus recuerdos mediante elementos característicos de la narración y complementa la función que tiene su testimonio al admitir que es un espacio donde se elabora su duelo individual e invita a un duelo colectivo.

### **Testimonio desde la memoria de un sujeto**

Considerando que la memoria es el acto en donde se recuerdan los hechos que hemos vivido y aclarando que la memoria no es el simple ejercicio de rescatar lo que ocurrió, sino un proceso para la elaboración testimonial del duelo de Abad Faciolince como resultado del hecho de significar lo que le acaeció. De este modo, la memoria tiene una dimensión social del recuerdo porque es a partir de allí que el autor recuerda, aparte del cómo lo recuerda, de cuáles fueron las circunstancias, etc., todo ello vinculado al afluyente de sus recuerdos.

Para hablar sobre el ejercicio de memoria de Abad Faciolince en *El olvido que seremos*, tomo como primera fuente de este apartado a Paul Ricoeur para exponer por qué la memoria representa una herramienta fundamental para el testimonio y para la elaboración de un texto narrativo. En palabras de Ricoeur, la escritura es “la mediación de una ciencia esencialmente retrospectiva, de un pensamiento regresivo” (p. 221), que hace parte fundamental para la construcción de una historia. Para escribir un texto testimonial, se activan directamente los pensamiento regresivos, memoria, que constituyen un hecho en particular y que, de por sí, son eje fundamental para la reconstrucción y elaboración de una secuencia narrativa de momentos por los cuales el autor atravesó y que lo han constituido.

La cronología de la infancia no está hecha de líneas sino de sobresaltos. La memoria es un espejo opaco y vuelo añicos, o mejor dicho, está hecha de intemporales conchas de recuerdos desperdigadas sobre una playa de olvidos. Sé que pasaron muchas cosas durante aquellos años, pero intentar recordarlas es tan desesperante como intentar recordar un sueño, un sueño que nos ha dejado una sensación, pero ninguna imagen, una historia sin historia, vacía, de la que queda solamente un vago estado de ánimo. (Faciolince, 2006, p. 137)

Si el testimonio del duelo se conforma de hechos, de historias y para ello de memoria, entonces “comienza en el plano de la percepción de una escena vivida, continúa en el de la retención del recuerdo, para concentrarse en la fase declarativa y narrativa de la restitución de los rasgos del acontecimiento” (Ricoeur, p. 209).

En este proceso de elaboración del testimonio, la memoria y el duelo se encapsula entre un

tiempo pasado frente a un tiempo presente, lo que indica que el ser humano viaja a través de los recuerdos, está hecho de memoria y vive el ahora con marcas de ella: “Escribo esto en La Inés, la finca que nos dejó mi papá [...] Me sacó de adentro estos recuerdos como se tiene un parto, como se saca un tumor. No miro la pantalla, respiro y miro hacia afuera” (Abad, 2006, p. 253).



Entonces “entra en escena la categoría del testimonio en cuanto huella del pasado en el presente” (Ricoeur, 2004, p. 221)<sup>4</sup>.

La configuración de imágenes que se producen en la activación de recuerdos hace que los textos testimoniales ofrezcan al lector infinidad de momentos que mediante la palabra vuelven a vivir. Los recuerdos proporcionan información de primera mano para reestructurar los hechos del pasado en función del presente, generando una transición entre el antes y el después del momento vivido. Se activan el lenguaje, lo subjetivo, las sensaciones del pasado, el sabor o sinsabor de lo que quedó. “La memoria es un proceso psicológico que sirve para almacenar información codificada. Dicha información puede ser recuperada, unas veces de forma voluntaria y consciente y otras de manera involuntaria” (Ballesteros, 1999, p.705)

La escritura que se crea en la obra literaria de Abad a través del testimonio de duelo representa la manifestación de su experiencia, de su realidad y posee un valor importante por exponer en su testimonio parte de la complejidad del ser en la sociedad. Es aquí donde no se puede desligar el testimonio del sujeto, de la experiencia, del lenguaje y mucho menos de la memoria, puesto que sin experiencia no hay memoria, y sin lenguaje no hay comunicación. Cada elemento tiene una función en el desarrollo del día a día; la escritura, por ejemplo, es el medio por el cual se manifiestan impresiones y huellas de un sujeto en un pasado. La obra nos traslada a ese lugar pasado, donde aparecemos como lectores activos dando sentido crítico, entendiendo y siendo cómplices de la proyección de imágenes retratadas por el autor. De este modo,

El hombre está siempre, pues, más acá y más allá de lo humano, es el umbral central por el que transitan incesantemente las corrientes de lo humano y de lo inhumano, de la subjetivación y de la desubjetivación, del hacerse hablante del viviente y del hacerse viviente del *logos*. Estas Corrientes coexisten, pero no son coincidentes, y su no coincidencia, la decisoria sutilísima que las separa, es el lugar del testimonio. (Agamben, 2009, p. 142)

La proteína que necesitan los humanos es el pasado que se encuentra en el testimonio ya que contiene un sinnúmero de singularidades que lo hacen especial, humano, es debido y a través de él que se reconfigura el pasado y mediante él se dejan ver huellas, vestigios en el tiempo presente de una persona. *El olvido que seremos* se compone y estructura desde la memoria individual del autor, la función de la memoria en la obra tiene un papel fundamental por ser la columna vertebral de la narración. El acto de la memoria toma mayor fuerza de acuerdo con Ricoeur porque “la búsqueda del recuerdo muestra efectivamente una de las finalidades principales del acto de memoria: luchar contra el olvido, arrancar algunas migajas de recuerdo a la rapacidad del tiempo, a la sepultura en el olvido” (2004, p. 51). El ejercicio de memoria que hace Héctor Abad Faciolince en su obra testimonial parte fundamentalmente de los recuerdos del pasado, debido a este ejercicio se presenta una relación directa entre testimonio y memoria,

---

<sup>4</sup> Otros autores que reflexionan sobre testimonio, memoria, y duelo son Saavedra (2017), González (2016, 2017), Hernández (2016), Vanegas (2014). Por otro lado Fernández (2013), Domínguez (2017), Escobar (2017), y Diaconu (2017) desarrollan otras perspectivas de los discursos autobiográficos y autoficcionales.

según Ricoeur, una mirada desde estos dos niveles interpretativos supedita la rememoración<sup>5</sup> ante una lucha constante del autor contra el olvido. (2004).

Retomando la importancia de la memoria como elemento fundamental en los procesos narrativos de la obra y en la estructuración de historias, Ricoeur hace un barrido del tema desde los filósofos griegos hasta los actuales sistemas de archivo, para concluir que la memoria es un medio para no olvidar, es el puente que comunica el recuerdo con el olvido, el medio entre el pasado y el presente, el conducto de información de las dos orillas que se genera desde el discurso oral al texto escrito para que sea reconocido y no olvidado. Ante el tema de la memoria los griegos se preguntaban qué significaba tener un recuerdo o intentar recordar, Ricoeur presenta dos posturas diferentes, una desde Platón y otra desde Aristóteles: “el primero se centra en el tema de la Eikon<sup>4</sup>, el segundo se centra en la representación de una cosa percibida, adquirida o aprendida anteriormente, abogada por la inclusión de la problemática de la imagen en la del recuerdo” (Ricoeur, 2004, p. 23).

Para Platón la memoria comprende parte fundamental de la imaginación y para Aristóteles se desprende del recuerdo haciendo un proceso de rememoración<sup>6</sup>.

Sin embargo, concluye Ricoeur, que la memoria tiene la habilidad de buscar información de un pasado y utilizarla si está disponible, ya que la memoria es la “búsqueda activa” de un conocimiento. De este modo, y como facultad de los seres humanos, tenemos la ventura o desventura de disponer de los recuerdos que la memoria haya almacenado. Es por tanto una herramienta para rememorar. La literatura hace que los escritores retomen esa rememoración y ejecuten una mirada desde el interior.

La obra testimonial de Abad se distingue por la interposición de los hechos en tiempos diferentes, lo que Ricoeur relaciona al hablar de “memoria en el pasado” y “archivo”, siendo este el medio en el cual se traspasa de lo oral (vivido) a la escritura (memorias), huyendo del olvido. Las memorias tienen la facilidad de poner en manos del común una historia en un tiempo determinado, haciendo que ese momento esté compuesto por tres líneas inherentes: pasado, presente y futuro, “si las palabras trazan un mapa aproximado de nuestra mente, buena parte de mi memoria se ha trasladado a este libro” (Abad, 2006, p. 273). Un ejemplo al respecto es:

“Además pensaría que eso de – vivir en contra- podría contribuir a probar y afirmar algunas

---

<sup>5</sup> Término acuñado por Frances A. Yates en su libro *El arte de la memoria* (1974), donde manifiesta que la rememoración se refiere a la evocación de hechos singulares, de acontecimientos que percibió, conoció y experimentó.

<sup>6</sup>La rememoración implica la búsqueda de un conocimiento que viene a la mente, tiene un carácter actual. Por medio del recuerdo el agente se acuerda de algo en determinado momento, mediante la rememoración el agente puede tener éxito o fracasar.

creencias distintas por las que él me iría conduciendo. Aunque, si lo pienso mejor, yo creo también que para esos años él era víctima todavía de una lucha interior". (Abad, 2006, p.91)

Es notorio, el puente entre el pasado – presente que conecta la memoria, por un lado evoca un recuerdo, luego vuelve al presente a reconocer ciertos aspectos que en ese momento no entendía.

Entonces, la construcción narrativa del duelo hace que se perpetúe y se reconozca un hecho mediante la escritura, que de otra forma hubiera quedado en lo oral. La escritura reestructura aquellos espacios del pasado como un rompecabezas en el presente, además de recrear los hechos, activa la memoria individual del autor en la línea del tiempo del ahora. Es el momento donde, según Ricoeur, la narración tiene pleno sentido, porque es "restituida al tiempo del obrar y el padecer". La mimesis tiene su cumplimiento en el oyente o en el lector, pues, ella marca la intersección del mundo del texto y del mundo del oyente o del lector. Es el momento donde la trama tiene la capacidad de modelar la experiencia (Ricoeur, 2004, p. 139).

La obra que deja Abad Faciolince posee valentía, en el sentido de atreverse a contar como él lo hizo, dejando ver su interior, tal vez atendiendo al hecho de que "La escritura es un riesgo que hay que correr" (Ricoeur, 2004).

El olvido es la antítesis de la memoria, y la función de la memoria es la de permanecer en el recuerdo; sin embargo, la memoria no tiene la facultad de recordar todos los recuerdos, algunos se borran y se alejan para siempre de la memoria. Frente a esta ineludible realidad, el esfuerzo más noble es el ejercicio de escribir, el cual se vuelve un ritual para hacer perdurar los recuerdos y para activar el pasado.

En otro plano, el de la justicia, el olvido es el aliado del enemigo, así lo refiere David Rieff:

Como señaló Elie Wiesel, 'la justicia sin memoria es una justicia incompleta, falsa e injusta' [...] el olvido sería el triunfo definitivo del enemigo. Para Wiesel y Ricoeur, la memoria puede conferir una suerte de otra vida a los muertos al negarse a permitir que sean borrados de la memoria como han sido borrados del mundo prematuramente. (Rieff, 2012, p. 55)

Abad Faciolince toma la determinación de ejecutar la memoria como acto de denuncia y en contra del olvido. En su narrativa testimonial manifiesta su inconformidad por los actos de violencia del país, las amenazas directas contra su padre y su consecuente asesinato. Un sinfín de recuerdos del autor se activa en la obra literaria haciendo que, a su manera, su padre vuelva a vivir. "Han pasado casi veinte años desde que lo mataron, y durante estos veinte años, cada mes, cada semana, yo he sentido que tenía el deber ineludible, no digo de vengar su muerte, pero sí, al menos de contarla" (Abad, 2006, p. 254).

Citando nuevamente a Rieff: "Debemos recordar, porque el recuerdo es un deber moral. Hemos

contraído una deuda con las víctimas... al recordar y contar, evitamos que el olvido mate a las víctimas dos veces" (2012, p. 51), y una de las maneras de mantener la memoria viva es teniendo registro de ella, alimentando con experiencias individuales el archivo de la memoria colectiva, documentarla para no correr el riesgo de que se distorsione con el tiempo. Esta es una de las nobles funciones sociales de la literatura testimonial de Héctor Abad Faciolince.

### Conclusión

Abad demuestra que el testimonio como obra literaria se ejecuta empalmando la secuencia de sus propias narraciones para hacer una manifestación o denuncia de las experiencias vividas comprobadas por él, su familia y amigos, proceso que tiene una trascendencia en tanto en lo literario como lo testimonial convirtiéndose en un aporte en el entorno social.

Abad siendo testigo del suceso, a través de su obra *El olvido que seremos*, hizo público su testimonio, el hecho de compartir su experiencia mediante la narración de los hechos, expuso su proceso de desahogo y aceptación, llegando a exteriorizar su experiencia personal, su visión de mundo y su interés por sacar el dolor, lo cual se convierte en una marca dentro del discurso testimonial.

La escritura que se crea en la obra literaria de Abad a través del testimonio representa la manifestación de su experiencia, de su realidad y posee un valor importante por exponer en sus memorias parte de la complejidad del ser en la sociedad, su escritura, es el medio por el cual se manifiestan impresiones y huellas de un sujeto en un pasado. *El olvido que seremos* nos traslada a ese lugar pasado, donde aparecemos como lectores activos dando sentido crítico, entendiendo y siendo cómplices de la proyección de las imágenes retratadas por el autor. Concluyendo así que la creación literaria de Abad no solo es la elaboración artística del duelo ante la pérdida desde su testimonio sino de una conciencia social a través de su lector.

### REFERENCIAS

Abad, H. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.

Agamben, G. (2009). *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-Textos.

Benveniste, É. (1974). *Problemas de lingüística general*. Juan Almela (trad.). México: Siglo XXI.

Diaconu, D. (enero-junio de 2017). La autoficción: simulacro de teoría o desfiguraciones de un género. *La Palabra*, (30), 35-52.

Domínguez Torres, M. A. (enero-junio de 2017). El espejo en *La Rambla paralela* (2002) de Fernando Vallejo. *La Palabra*, (30), 53-68.

Escobar Vera, H. (enero-junio de 2017). Guiño, ambigüedad e incertidumbre: claves de lectura y

efectos estéticos del pacto ambiguo. *La Palabra*, (30), 69-91.

Fernández Luna, P. (enero-junio de 2013). El ruido de las cosas al caer: La conciencia histórica como respuesta a la estética de la narco novela en Colombia. *La Palabra*, (22), 29-39.

González Otero, A. (enero-junio de 2017). El diario: La escritura autobiográfica en su dimensión sociocultural y sus posibilidades cognoscitivas y creativas. *La Palabra*, (30), 251-157.

González Otero, A. (julio-diciembre de 2016). Definiciones y aproximaciones teóricas al género de la literatura de viajes. *La Palabra*, (29), 65-78.

Hernández Peñaloza, A.A. (enero-junio de 2016). El diario de un escritor en Encuentro en Saint-Nazaire de Ricardo Piglia. *La Palabra*, (28), 75-90.

Randall, M. (1983). *Testimonio*. Costa Rica: Alforja.

Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Rieff, D. (2012). *Contra la memoria*. [Debate]. Barcelona: Random House Mondadori. Sarlo, B. (2006). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Argentina: Siglo XXI.

Saavedra Galindo, A. (enero-junio de 2017). Los nombres de la realidad. Autoficción en Formas de volver a casa. *La Palabra*, (30), 93-106-

Scott, J. W. (2001). Experiencia. Traducción de Moisés Silva. *La ventana*, 13, 42-73. Trujillo, E. B. (2008). Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s). *Estudios Políticos*, 32, 85-11.

Vanegas Vásquez, O. K. (julio-diciembre de 2014). Héroes vagabundos: Memoria narrativa de la guerra colombiana. *La Palabra*, (25), 43-56.

Yúdice, G. (1992). Testimonio y concientización. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 18, No. 36, *La Voz del Otro: Testimonio, Subalternidad y Verdad Narrativa (1992)*, 211-232.